

Filosofía y literatura

MAGDALENA LINERO
Universidad Nacional de Córdoba

I

El hombre profesa el acto literario impelido por una necesidad congénita, de raíz biológica y también psicológica, como surge del estudio de las literaturas comparadas, de la investigación histórica y del examen de los rudimentos literarios comunes a todo ciclo de cultura humana.

No obstante, el estudio de la clase denominada de los literatos, poco ha comprometido a los filósofos y, hasta hoy, contamos con una o dos obras especializadas, la de Letorneau y la de Benda. El último de los citados expresa al referirse a esta cuestión: "...nos sorprende sobremanera que no haya tentado a los filósofos. En efecto, estimamos que la actividad literaria, considerada en lo que tiene de idéntico a sí misma, por debajo de la diversidad de sus formas e independientemente del mayor o menor placer que se puede obtener de sus frutos, es un asunto digno en sumo grado de atraer el interés del filósofo, en tanto que necesidad congénita de la naturaleza humana, con el mismo título que el instinto sexual o el sentimiento religioso". El mismo autor añade: "Acaso sea posible decir que quienes tratan de literatura no tienen espíritu filosófico y que los que poseen este espíritu no se ocupan de literatura".

Y bien, dejando este tópico, al que volveré luego, existe otro hecho más. Entre literatura y filosofía no hay una diferenciación neta; si se atiende a los valores eternos de la obra humana, en su doble manifestación, cordial e intelectual, hallamos una interferencia constante y recíproca de lo uno en lo otro, de modo tal que se justifica la apreciación del hombre antiguo, para quien poesía y filosofía fueron una misma cosa.

Por otra parte, hoy vivimos la culminación de una tendencia al parecer moderna, en realidad tan vieja como la cultura misma, la de franquear las líneas escindentes entre materia y materia, la de borrar las soluciones de continuidad entre disciplina y disciplina; la ciencia deviene una.

La ciencia deviene una, pero esta unidad no parece llamada a realizarse bajo la égida de la que en otros tiempos fué la gran madre del saber humano, la filosofía; sino por el contrario, prohibiéndola y haciendo que ella derive, en el mejor de los casos, de algunas ramas de la ciencia, como ejemplo, de la nueva física que, interpretada a su modo por gran número de mentalidades modernas, ayuda a reemplazar las ideas definidas de los viejos sistemas por la idea "ansiosa" —no digamos con los existencialistas, idea angustiosa—, cuya esencia es la movilidad y la no afirmación; tal, según esas mentalidades, el concepto de "campo" en lugar del concepto de "punto", la "probabilidad de existencia" del corpúsculo, las "indeterminaciones" de Heisenberg. Nuevas concepciones científicas que informan buena parte de la estética moderna.

Volviendo a la tendencia de unificar todas las disciplinas, podemos preguntarnos en atención a los hechos históricos: ¿qué significó el vate para las edades pretéritas, sino la síntesis suprema del genio humano, la concurrencia de todos los elementos culturales en una sola potencia espiritual, los múltiples aspectos de la actividad intelectual y sentimental del hombre reunidos en su expresión unitaria y perfecta? Falta sólo añadir que esta superior realización humana, hacia la cual también hoy se pretende marchar aceleradamente, tuvo en la antigüedad un prestigio solemne, la aureola augusta del carácter sacerdotal, con el cual por cierto nuestros modernos sabios no sueñan.

El vate creó la belleza y la diafanidad del concepto a través del lenguaje, puso nombre calificador a todas las cosas, ordenó el universo visible por la ideación intelectual y, por la intuición y el sentimiento, alcanzó la verdad de las revelaciones trascendentes. Por eso Vate fué, en el comienzo de los tiempos, sinónimo de Profeta, y todavía hoy cuando el científico empieza a discernir lo que luego será una nueva teoría, el vestigio ancestral del vate que pervive en él, le hace exclamar: "Esto, en mi sentir, es así". Y este sentir, o presentir, innegablemente resultado de anteriores y a veces inapreciadas experiencias, surge a la vez de cerebro y corazón, por la operancia de un

alma única, señora de aquellos dos maravillosos instrumentos. Esta es también la génesis de la obra poética.

Pero el vate fué algo más que el genio instructor de la humanidad, maestro en el arte de enseñarle a mirarse a sí misma y al mundo que la rodea; fué el historiador, el moralista, el filósofo y el tradicionalista de las grandes razas y unió muchas veces a todo esto, el carácter augusto del sacerdocio. Las albas vestiduras fueron el ropaje frecuente del vate y el templo su morada común.

Dejando este aspecto, es bajo la advocación de Homero y Hesíodo, de Esquilo y de Eurípides, de Lucrecio, Virgilio, Dante y Shakespeare que quiero historiar el pensamiento filosófico en la literatura, para demostrar, si es posible, cómo la ausencia de dicho pensamiento, en gran parte de la obra literaria actual, da la medida de la decadencia de nuestra civilización.

De los grandes poetas griegos, ya decían sus hermanos de raza, que las Musas les amaban y les daban ambas cosas, el bien y el mal; es decir, que procediendo como Satanás con la mujer en el paraíso, les proporcionaban las primicias del árbol de la Ciencia, pero quitándoles, al darles el dulce canto, la luz de los ojos corporales. Al privarlos, según la leyenda, de esta luz, les resarcían con el don de la vista espiritual, realizándose entonces la conjunción de ciencia y videncia, la primera y grandiosa síntesis de cultura espiritual humana, con la inclusión de todos los valores: religión, poesía, filosofía.

Ahora bien; la cultura griega —dice Erwin Rohde— tiene su origen en la poesía y tiende a encauzar todo lo sublime hacia lo idílico, llenando los ámbitos de la vida y la muerte de grata familiaridad. Y añade: “Recién en el siglo vi la especulación de unos cuantos espíritus audaces pugna con impaciencia por salir de la atmósfera de la poesía homérica, en la que toda Grecia seguía viviendo y respirando”.

El oráculo, voz de los dioses, adquiere el ritmo del verso, y los misterios de Eleusis consistían en gran parte en cantos sagrados. Por otra parte, la invención poética reviste de formas plásticas todo el material religioso. Así pues, mientras la enseñanza de lo heroico nace con Homero y la epopeya didáctica con Hesíodo, de las más antiguas formas poético-religiosas (Orfeo y Museo), derivan, dice Murray, de una parte el escepticismo incorporado a la filosofía jónica y la explicación del mundo por la ciencia naturalista, de efectos —a larga distancia, en Lucrecio—; de otra parte una fe del vulgo más profunda y

apasionada, cuya manifestación concreta fué el orfismo, de que está impregnada buena parte de la filosofía griega.

El poema definitivamente filosófico aparece con Jenófanes de Colofón, "el maestro del estilo severo". Su gran poema doctrinal *Sobre la Naturaleza*, nos lo presenta como el apóstol de la libre filosofía; pero el más grande poeta entre los filósofos, el supremo elegíaco, aquel cuyo pensamiento marca profundamente la cultura griega y aun la árabe, es Empédocles, acaso la última síntesis de consagración sacerdotal, sabiduría y poesía.

En fin, de tal vitalidad es el desarrollo del pensamiento en la poesía griega, que ésta, a poco de andar, se despoja del acompañamiento de la música, con la cual había nacido, y la arroja como un manto importuno que la ciñe coartándole la soberana libertad creadora.

Los griegos, de quienes dice Rohde: "No cabe duda que este pueblo, el más cavilador de todos los pueblos, alumbró por obra de su propio espíritu los más importantes pensamientos de que habían de nutrirse los siglos posteriores", esperaban y exigían de sus poetas algo más que la imagen delicada y la expresión galana; requerían de ellos doctrina, enseñanza moral, influencia educativa. "El poeta debía, sobre todo, adoctrinar a su pueblo, en el más alto de los sentidos, allí donde sus palabras, elevadas a augusta poesía, versaban sobre los problemas y las ideas de la religión y acerca de las relaciones entre ésta y la moral. Sólo la filosofía ya adulta de una época avanzada, capaz de abarcarlo todo en una interpretación armónica de la vida, viene a relevar a la poesía de este magisterio. Los poetas lo ejercieron desde antiguo, pero nunca con tanta fuerza, ni de un modo tan consciente como en la época de transición —al comienzo de la cual se alza ya la figura de Píndaro—. En este poeta se alcanza la meta más alta a que puede arribar la especulación del hombre: "la seguridad en la naturaleza divina del alma, que a la postre acaba imponiéndose, pura y victoriosa, a través de todas las sombras terrenales que la acompañan".

Hermoso sería, si el tiempo lo permitiese, espigar en el campo de la tragedia clásica. Las trilogías de este género son un caudal armónico y pletórico de enseñanzas morales, de pensamientos profundos, de teología y de psicología. Por primera vez en el mundo y por obra del genio de Esquilo, de Sófocles y de Eurípides, el hombre se enfrenta al hombre desde un escenario, para mostrarle las leyes y las sanciones que obran y pesan sobre sus más recónditos designios. Esquilo descu-

bre y formula la ley de la justicia eterna que prevalece por encima del acaecer particular y anuncia que el precio de la sabiduría es el dolor. Sófocles nos da la medida cabal de la grandeza humana, proclamando el ideal del equilibrio dulce y sereno entre las fuerzas del hombre y de los dioses; Eurípides, hijo de su tiempo, se sumerge en todas las filosofías y bucea en los más ocultos repliegues de la mente y del corazón para mostrarnos los extremos heroicos y las caídas risibles a que están sujetos los mortales.

Así, a través de yambos y elegías, epopeyas y tragedias, la forma bella encierra en su ámbito de armonías perfectas, el estremecido caudal de los sentimientos humanos y el cúmulo ingente de las ideas excelsas. Esta es, pues, la poesía, según el genio de otras edades, cuando un Eurípides, de quien se ha dicho: "veía poesía y significación en cada piedra de la calle", siente que el trimetro yámbico es un instrumento de expresión de las ideas más fino y dúctil que la prosa.

La evocación debe concluir aquí. El tiempo no nos deja detenernos en un Lucrecio, en un Virgilio, a quien Dante saluda con estas palabras: *Tu se'lo mio maestro e il mio autore*, en un Shakespeare o en un Goethe. Mas todos conocemos y sentimos cuánto de pasión e idea, de vida y de potencia espiritual, arrojan sobre el mundo las páginas de una *Divina Comedia*, de un *Hamlet*, de un *Fausto*.

II

Vengamos ahora a la literatura europea actual, especialmente a la francesa, cuyo ascendiente sobre las demás literaturas es universal. Busquemos en sus corifeos, Alain, Valery, Proust, Giraudoux, Gide, los surrealistas, la doctrina, que lleva en pos de sí a la gran mayoría de los literatos.

Se ha denominado "crisis del concepto literario" al movimiento que comienza en el siglo pasado con Flaubert y Baudelaire. Esta crisis vive su plenitud en lo que va de nuestro propio siglo, pasando de los simbolistas a los dadaístas y surrealistas, estos últimos multiplicados en todas sus ramificaciones. Veamos la doctrina de esta modalidad que obtiene éxito innegable, pues responde a la sensibilidad general del momento. Debo hacerlo a través de una síntesis —no puede ser de otro modo— y que tomo de la obra, no por apasionada menos ilustrativa, de Julien

Benda: *La Francia bizantina*. He aquí, reducidas a la mínima expresión las conclusiones de su minucioso y documentado estudio crítico-filosófico sobre la literatura actual:

“Voluntad de que la literatura niegue la idea neta, en nombre del sueño, de la disponibilidad, de la movilidad del pensamiento (literatos bergsonianos, influencia de G. Bachelard; de la dialéctica hegeliana).

“De que ella conozca el objeto, no por análisis, sino en su unidad indivisible.

“Del simultaneísmo.

“Sed de lo total, de la sucesión sin distinciones; de la fusión.

“De que la literatura conozca sólo lo individual, no lo universal; en materia de novela, en materia de crítica.

“Gusto por el diario íntimo, religión de lo cualitativo. Voluntad de que el artista no se refleje sino a sí mismo. Religión de la originalidad. De que una idea entraña valor, no porque sea verdadera, sino por ser personal.

“Definición anti-intelectualista de la idea.

“Exito de las tesis de Kierkegaard. Concepción mística de la literatura. Carencia del pensamiento motivado. Reino de la afirmación gratuita. Carencia del pensamiento de continuidad; reinado del pensamiento desvinculado. Carencia del pensamiento organizado y literario al mismo tiempo.

“Voluntad de que la literatura sea oscura, hermética, preciosa. De que su valor resida exclusivamente en la expresión, fuera de toda preocupación de conformidad con lo real; de que toda la idea de la literatura consista en la idea de forma y se halle vaciada de la idea de verdad. Importancia atribuída al lenguaje. Creencia en la especificidad del lenguaje literario.

“Debilidad de esta literatura en tanto que pensamiento real. Ausencia de generosidad. Concepción de una literatura que parecería que debiera ser esencialmente esotérica y que resulta adoptada por toda una sociedad”.

Para el análisis de cada uno de estos títulos, por falta de tiempo, me remito enteramente a la citada obra de Benda. Me resta tan sólo hacer la filosofía de lo ya anotado. Dije en un principio que la profesión del acto literario se debe a una necesidad congénita de raíz biológica y también psicológica. Esta necesidad impele al hombre a

exteriorizar por actos, mejor, por hechos literarios, ciertas representaciones mentales de vivo y particular interés, que tienen su origen en el campo de la emoción y de la sensualidad. Pero el hecho literario, por encontrar su medio de expresión en la palabra, involucra un elemento intelectual; elemento imperceptible en los balbuceos literarios del hombre primitivo; destacable y luminoso, como lo hemos visto, en los productos de las más altas civilizaciones. Si es cierto que la idea científica tomada en su rigor matemático es contraria a la obra literaria, en cambio el pensamiento filosófico coadyuva a la creación poética, como lo comprueba la historia de la literatura universal. En los tiempos primitivos, de cultura rudimentaria, el primer hecho literario registra siempre emociones, no ideas; éstas aparecen luego a tenor de la evolución espiritual del hombre. Por eso la intrusión del intelectualismo en la literatura es índice de civilización ascendente y constructiva. Hoy estamos volviendo la página. Pensamientos sin nexo, predominio de emociones flúidas y fugaces, dolor, enervamiento, ensueños, estupor, éxtasis, amor y odio, confundidos en un solo padecer, furoros, doble visión de las cosas reales, que muestra en cada una dos identidades, así como el salvaje ve el árbol, la piedra y el río, y además ve en ellos un dios. El sistema es el de las percepciones del hombre primitivo, pero con el refinamiento del super-civilizado. Arrojar sobre un mismo plano todos los elementos confundidos de un estado de conciencia, sin la selección de lo esencial al modo clásico y racional. Buscar incluso —se da el caso—, la inspiración en los delirios del enfermo mental; esto, no por extravagancia o sola manía de originalidad, sino por consecuencia con la doctrina surrealista.

No se quiere la fijeza de la idea y se huye de la definición. Valery afirma: “todo pensamiento que se fija, está muerto” y esto se repite como tónica constante a través de la producción contemporánea de moda. Si alguno de estos autores produce una obra lograda, novela, en especial, donde podamos encontrar unidad, continuidad, significación, es cabalmente cuando contradice su sistema doctrinario.

La literatura se hace preciosa, bizantina; la forma rara, exquisita, supervalorizada, mata la profundidad y nitidez del pensamiento. La obra literaria es oscura, hermética, propicia, antes que al lector común, al psicoanalista. Con ello desaparece el humanismo en las letras, en el noble y lato sentido de la palabra, que involucra hermandad y generosidad. El estudio del individuo para llegar al conocimiento y

educación del hombre es humanismo. La exploración de lo individual para levantar barreras entre los iniciados y el resto de la sociedad, es antihumanismo.

La literatura de este género no es nueva en el mundo; conocemos una literatura griega de la decadencia y una literatura romana de la misma denominación. Ellas señalan el final de dos grandes eras: la helena y la romana. Estamos viviendo un momento análogo de supercivilización y decadencia. La obra literaria contiene el índice de un profundo trastorno del espíritu humano. Dos guerras destructoras y desmoralizadoras y una tercera de total exterminio en potencia, no pueden provocar otra reacción que el retorno a la irracionalidad literaria. Mientras los filósofos de éxito sobre el gran público tienden a ser literatos, como en el caso de Sartre, la literatura tiende a la negación de la idea en su concepto tradicional de fijeza y definición. Está abierta la senda de la confirmación de la Nada como único valor absoluto y como única medida de la trascendencia que pudiera significar nuestra vida terrena. Entramos, pues, al reino de la Negación perseverante y reiterada. Concluye una Era. Para el mundo, son dos mil años de una civilización que está a punto de ser destruída atómicamente. Para el hombre es la hora apasionante y dolorosa en que, desarraigando su alma del pasado, debe abrir un nuevo libro de la vida.

Días no lejanos nos advertirán definitivamente sobre nuestro destino. En todo caso, y a pesar de la confusión y del agobiador presentimiento que está en todos los corazones, nosotros los americanos y, en especial, los latino-americanos, contamos con la sagrada confianza de que estas tierras, llamadas desde siempre "tierras de promisión", sigan estando bajo la mirada paternal de Dios, y sea éste el presente y futuro hogar del hombre pacífico y de la nueva civilización.